

IMÁGENES GLOBALES DE CIUDAD

Rodrigo Argüello G. Escritor, Docente Universidad Tecnológica de Pereira.

Hubo un tiempo en que las ciudades -al menos las del tercer mundo- crecían espontáneamente y, de esta manera, su estética y dinamismo orgánico también eran espontáneos. En cierta forma, era imposible controlar o al menos tener la oportunidad de diseñar una ciudad con una estética propia y pensada de forma creativa.

A 15 años del comienzo de la transformación radical de Bogotá es todavía difícil una cabal evaluación, pues no se sabe aún si fue para bien o para mal. Lo cierto es que visualmente mejoró su presentación, se ganó algo en espacio público y, sobre todo, en el espacio potencial: la oferta de lo lúdico y lo cultural es innegable, lo que hace de esta capital una ciudad competitiva y, de paso, paradigma del actual Marketing urbano. Sin embargo, en lo que respecta a su diseño, a su verdadera estética urbana, que por su puesto también pasa por lo visual, Bogotá no fue ajena a las tendencias de algunas ciudades en vías de modernización. En un bello aforismo del poeta y crítico Gabriel Zaid se encuentra la idea de lo que aquí quiero ilustrar: Es más fácil negar ciertas ideas antiguas que sustituirlas. Así pues, no importa si las ciudades, en este caso Bogotá, y las que tratan de emularla, traicionan la tradición, si rebanan sus montañas, si atraviesan despiadadamente sus monumentos arquitectónicos, si se re-llena de concreto o se cortan los árboles como ocurrió con la Avenida Caracas original, y que de paso acabó con los sonidos musicales de ciertas aves (no olvidemos que la desaparición de un árbol es también la desaparición de un bello sonido). Eso no importa si lo que



sustituye esa traición -llámese el crimen de lo natural, la desacralización de los patrimonios o la profanación de la historia monumental- si lo que sustituye toda esta riqueza nostálgica, es mejor o, por lo menos, tiene un asomo de creación y nueva identidad. Pero no es así.

La oportunidad de borrar una ciudad vieja, de olvidar o dejar atrás a una vieja identidad, tiene lugar y validez si lo que las sustituye tiene una nueva identidad. En este sentido, se asiste al hecho de que las ciudades se parecen todas entre sí, pues se diseñan con el mismo molde, el mismo plano general. Estar en un centro comercial, en un Éxito, un HomeCenterr o en un Carrefour, aquí y allá, da lo mismo. El pensamiento único, imagen única de la ciudad, es el mismo en todas partes, es la misma sensación de lugar. Esa es la globalización que también habrá que impugnar. Al trasladarse de una ciudad a otra, y entrar en estos lugares, micro-ciudades dentro de la ciudad, tenemos la sensación de que no nos hemos movido de la ciudad de origen. A esto fue que debió referirse Marc Auge cuando habló del concepto de no-lugar. La ciudad se vuelve un no-lugar, porque ese lugar ya está en todas partes y, a la vez, nos da la sensación de no estar en ningún lugar. Mientras tanto, en estas mismas ciudades, la pobreza, la marginalidad y la exclusión se globalizan cada vez más.

Por ahora quedémonos con estas imágenes:



¿EL CENTRO COMERCIAL COMO CIUDAD O LA CIUDAD COMO CENTRO COMERCIAL?

Marshall Berman -autor del famoso libro Todo lo sólido se desvanece en el aire- dijo hace un par de años, en una conferencia dictada en Brasil, que "en el futuro vamos a tener nostalgia de los centros comerciales". Lo que quería decir era que por ahora debemos contentarnos con tener este tipo de espacios, porque en el futuro no tendremos necesidad de salir a visitarlos.

Muchas cosas, como éstas, se han dicho y escrito sobre los centros comerciales, lo cierto es que ellos tratan de imitar a la ciudad dentro de la ciudad, es decir, son micro-ciudades dentro de las grandes ciudades: se simulan las calles, los almacenes y los restaurantes; hay salas de cine, parques, capillas y parqueaderos subterráneos. En cuanto a las calles, el centro comercial se ha convertido en el nuevo espacio para el paseante o para el mirón: en la pasarela para coquetear, posar y modelar. En cuanto a los almacenes y restaurantes, es, sin duda, la nueva forma de aglutinar el comercio y de concentrar el deseo de consumir tanto objetos como alimentos. En lo que tiene que ver con la diversión, el centro comercial trata de ofrecer el espacio para el esparcimiento y la distracción, pues, como dice Vicente Verdú, en *Los sueños del centro comercial*, en él se recrea cada vez más la fisonomía de las vacaciones: "En su interior cunden las fuentes, las cascadas, las plantas tropicales, los enlosados marinos, los horizontes de mármol y las melodías de moda" (1997:74) En cuanto al parqueadero: nada resulta más íntimo, intestinal dentro de una ciudad que el parqueadero subterráneo de un centro comercial, el ruido del agua en la tubería PVC simulan el intestino grueso o el delgado. Es también el sitio más misterioso y propi-



cio para el miedo y el acto criminal. (El leit motiv de las películas norteamericanas: suspenso, secuestro o asesinato...)

Como sea, los centros comerciales son, por ahora, sitios de referencia obligada dentro de la ciudad, se han convertido en los nuevos totems o, como dice Don DeLillo en su gran novela Ruido de Fondo, mucho antes de Saramago, "son los nuevos templos para el ciudadano" (templos con capilla: ¡qué curiosa puesta en abismo!).

Sin embargo, la preocupación nostálgica de Berman o Saramago y, aun, Vicente Vedú, la preocupación de si son los nuevos totems, templos, sitios para el consumo, la diversión y la ensoñación, es decir, microciudades dentro de las grandes ciudades, no es el problema. El problema más grande sería que ya muchas ciudades se están construyendo como si fueran grandes centros comerciales. La gran preocupación es que ya hay centros comerciales que no son microciudades, sino grandes centros comerciales que tienden a ser ciudades de verdad. Un centro comercial como el West Edmonton, en Canadá, que según Verdú es, hasta ahora, el más grande del mundo, tiene un espacio equivalente a cien canchas de football, con campos de golf, con ochocientas tiendas, once almacenes de cadena, nos muestran esta tendencia. Así, pues, en el futuro, como en el mejor ejercicio de ciencia ficción, habrá centros comerciales con transporte interno para desplazarse, cementerios, funerarias y prostíbulos; centros comerciales con pequeños edificios, pequeñas casas, urbanizaciones, vertederos para la basura...

Hasta aquí, ¿de qué estamos hablando?, ¿de ciudades o de centros comerciales?

Creo que de la misma cosa. Quizás la única diferencia estaría en que la nueva ciudad de la que estamos hablando es idéntica a la que le construyeron al protagonista de El Show de Truman: una ciudad con un gran



techo, completamente aséptica, llena de artificios y con cinco mil cámaras instaladas por todas partes.

LA CUADRÍCULA URBANÍSTICA

Nadie deja de asombrarse ante la divulgación, por parte de los medios impresos, de la sandía (o patilla) de forma cuadrada producida o diseñada por los japoneses. Una sandía que facilitará su embalaje o forma de acomodarse en el refrigerador. Lo que sorprende es que sean los japoneses los inventores de este capricho, pues eran ellos los que justamente se resistían a diseñar objetos cuadrados pensados para las esquinas, eran ellos los más amigos del objeto aerodinámico, los interesados en que lo más importante en el diseño de los espacios era el centro y sus esquinas desocupadas.

Una técnica que patentaron con el nombre de ma: el espacio concebido como relación, es decir, que si había un vacío en medio de dos objetos, este vacío no existía, puesto que estaba lleno por la relación de los dos objetos. Algo que he llamado la Estética del intervalo. Se justifica con este hecho, aparentemente intrascendental, que el mundo cada vez sea más cuadrículado, que los edificios sean más geométricos, que la curva no sea la línea favorita en el diseño de los objetos, de los espacios y las construcciones urbanísticas y arquitectónicas. Ya decía el gran arquitecto organicista Frank Lloyd Wright que "Los nuevos edificios son cajetillas para empaquetar gente". Cada vez impera más la cuadrícula, las aristas, la caja arquitectónica. Mientras las montañas tienden a ser curvas, las nubes a ser ovaladas, el cielo a ser como una bóveda, las mujeres... los edificios son cuadrados o rectangulares. Las nuevas ciudades son juiciosamente diseñadas y pensadas en una tradicional mesa de dibujo arquitectónico donde dominan las escuadras, los cuadrantes y una mente absolutamente cuadrículada. Por ejemplo, Bogotá cada vez tiende a parecerse más a una maqueta



arquitectónica que a un espacio dinámico orgánico y espontáneo. Se confunde el orden con la geometría. La línea recta con un camino recto y correcto, perdiendo así los meandros, los zaguanes, los recovecos para perderse o esconderse en la ciudad.

Así pues, es difícil encontrar un edificio o una calle circular. El laberinto en la ciudad ha perdido su valor. Lo peor es que a mucha gente le gusta este tipo de diseño urbano, porque se supone que es más fácil la orientación. La gente se siente feliz comprando o arrendando cajitas (apartamentos), no tanto para vivir, sino para encajillarse, con la ilusión de que son nuevas y aparentemente bonitas, sin darse cuenta de que son casi como tumbas donde se sepultan o se emparedan en vida. La nueva urbanística se empeña en sepultarnos vivos. Se empeña en empaquetarnos a como dé lugar. Si Gianni Rodari proponía, en su famoso libro *La Gramática de la fantasía*, el juego de imaginarse "qué pasaría si el mundo fuera cuadrado", he aquí una muestra urbanística que trata de responder y seguirle el juego a esta pregunta.

En fin, en el futuro, como van las cosas, se tendrá también que pensar cómo diseñar a la gente -como hicieron los japoneses con la sandía- para que encuadre perfectamente en una ciudad hecha de cuadrantes, sin espacios vacíos y donde la línea curva será solamente expuesta en un museo de historia urbanística y arquitectónica. Donde la línea curva será tan solo una ilusión.

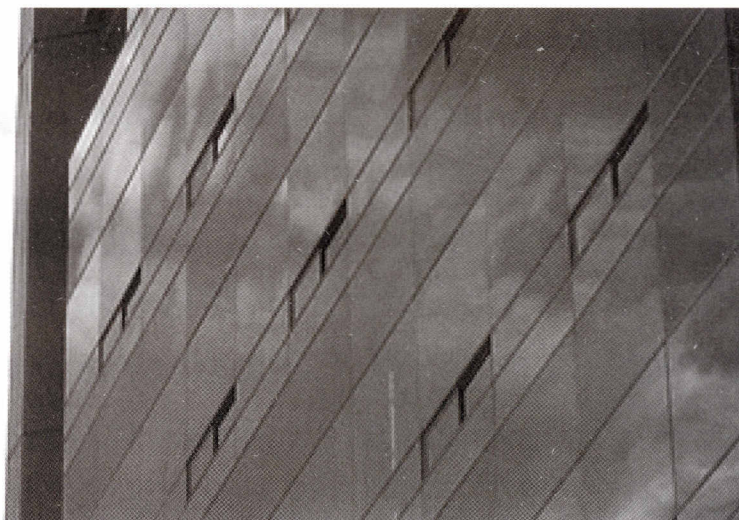


DE LA MONTAÑA AL EDIFICIO

En términos generales Bogotá, a pesar de los cambios positivos que ha tenido, ha perdido aspectos esenciales para su marco estético y ambiental. Uno de ellos tiene que ver con sus cerros. Le Corbusier, en su visita a esta ciudad, después del famoso Bogotazo, había dicho que la sabana podía ser observada desde un avión, mientras que los cerros se deberían apreciar desde la misma ciudad. Su comentario, que sonaba a advertencia, nunca fue tenido en cuenta por los urbanizadores y edificadores ambientales. Hoy, los cerros van perdiendo protagonismo, debido a la manera como se construye en su falda. Algo que también he podido observar en Medellín, pues allí cuando la montaña no está saturada por la pobreza absoluta, está tapiada por los edificios del barrio El Poblado, que ha tapado con una gran cortina de ladrillos buena parte de las montañas orientales.

Hay dos grandes razones por las cuales no se tiene en cuenta lo que, de manera inteligente, había advertido Le Corbusier. Por un lado, se han perdido los pactos míticos, estéticos y naturales de ambientación. Hoy es más importante sembrar edificios sobre jardines pavimentados que preservar un árbol, un prado o una montaña. Se sabe que en ciertas islas del sur del pacífico existe una ley que no permite la construcción de un edificio que sea más alto que la palmera que tenga la mayor altura. Son, según su tradición, códigos ancestrales. A estos códigos implícitos era tal vez a lo que se refería Le Corbusier, el de La carta de Atenas, el Le Corbusier del que realmente debimos haber aprendido algo.





Por otra parte, existe un fenómeno que los estudiosos de lo urbano han llamado "el valor del aire". Hoy la tierra pierde precio y el aire toma valor. Lo rural ha perdido valor económico y simbólico, las casas valen menos que un pequeño apartamento encasillado en un edificio. La horizontalidad no es propia de las ciudades. Lo propio de la ciudad es la verticalidad. Se construye hacia arriba y por encima de lo que sea. Hace poco tuve la oportunidad de ver un apartamento cuyo único cuarto para niños estaba diseñado de tal manera que tuviera la capacidad para ubicar un camarote de 4 pisos. Sin duda un camarote, en este caso, es el colmo del funcionalismo vertical. En este sentido, la construcción se ha vuelto un juego de lego bastante rentable. Se construye, pero no se habita, en términos de Heidegger.

Pero, para terminar, la imagen más lamentable tiene que ver con la manera como en el norte de Bogotá se ha ido rebanando la montaña, la manera como se le da un tajo perfecto y un desfile de volquetas sacan arena para llevar a los sitios de construcción. Se puede decir literalmente que una montaña, que se ha formado en cientos de años, da paso a un edificio que se construye en menos de un año. Un edificio que ya no tapaná ninguna montaña porque el mismo edificio es la misma montaña reducida a la mínima expresión.

Fotografía / Imágen: Mauricio Gómez - www.google.com

Bibliografía.

Vicente Verdú, Los sueños del centro comercial en Emociones, Taurus, Madrid, 1977